

Enero 2015

## «Jesús le dice: “Dame de beber”» (Jn 4, 7)

En este tiempo de Adviento, que nos prepara para la Navidad, se nos vuelve a proponer la figura de Juan el Bautista, mandado por Dios a preparar los caminos para la venida del Mesías. A quienes acudían a él, les pedía un profundo cambio de vida: «Dad el fruto que pide la conversión» (Lc 3, 8). Y si le preguntaban: «¿Qué tenemos que hacer?» (Lc 3, 10), respondía:

**«El que tenga dos túnicas, que comparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo».**

¿Por qué dar al otro de lo mío? Porque el otro, creado por Dios como yo, es mi hermano, mi hermana; o sea, es parte de mí. «No puedo herirte sin hacerme daño»<sup>[1]</sup>, decía Gandhi. Hemos sido creados el uno como un don para el otro, a imagen de Dios, que es Amor. Tenemos inscrita en nuestra sangre la ley divina del amor. Jesús nos lo reveló con claridad al venir en medio de nosotros, cuando nos dio su mandamiento nuevo: «Amaos unos a otros como yo os he amado» (cf. Jn 13, 34). Es la «ley del Cielo», la vida de la Santísima Trinidad traída a la tierra, el núcleo del Evangelio. Así como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo viven en el Cielo en la plenitud de la comunión, hasta ser uno (cf. Jn 17, 11), también en la tierra somos nosotros mismos en la medida en que vivimos la reciprocidad del amor. Y así como el Hijo le dice al Padre: «Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo, mío» (Jn 17, 10), también entre nosotros el amor se realiza en plenitud allí donde se comparten no solo los bienes espirituales, sino también los materiales.

Las necesidades de un prójimo nuestro son las necesidades de todos. ¿Que uno no tiene trabajo? Me falta a mí. ¿Que hay quien tiene a su madre enferma? La ayudo como si fuese la mía. ¿Que otros pasan hambre? Es como si yo pasase hambre, y trato de proporcionarles comida como lo haría para mí mismo.

Esta es la experiencia de los primeros cristianos de Jerusalén: «Tenían un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio a nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común» (Hch 4, 32). Esta comunión de bienes, si bien no era obligatoria, la vivían entre ellos intensamente. No se trataba de someter a estrecheces a unos para aliviar a otros, como explicará el apóstol Pablo: «se trata de igualar» (1 Co 8, 13).

San Basilio de Cesarea dice: «El pan que retienes es del hambriento; el manto que custodias en tus armarios es del que está desnudo [...], el dinero que tienes enterrado es del necesitado»<sup>[2]</sup>.

Y san Agustín: «Lo superfluo de los ricos es necesario a los pobres»<sup>[3]</sup>.

«Hasta los pobres tienen con qué ayudarse unos a otros: uno puede prestar sus piernas al cojo, el otro, los ojos al ciego para guiarlo; otro puede visitar a los enfermos»[\[4\]](#).

**«El que tenga dos túnicas, que comparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo».**

También hoy podemos vivir como los primeros cristianos. El Evangelio no es una utopía. Lo demuestran, por ejemplo, los nuevos movimientos eclesiales que el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia para hacer que reviva con pujanza la radicalidad evangélica de los primeros cristianos y para responder a los grandes desafíos de la sociedad de hoy, donde son tan fuertes las injusticias y las pobreza.

Recuerdo los inicios del Movimiento de los Focolares, cuando el nuevo carisma nos infundía en el corazón un amor muy especial por los pobres. Cuando nos los encontrábamos por la calle, apuntábamos su dirección en una libreta para luego ir a verlos y a socorrerlos; eran Jesús: «Conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40). Después de haberlos visitado en sus chabolas, los invitábamos a comer en nuestra casa. Para ellos poníamos el mantel más bonito, los mejores cubiertos, la comida más selecta. En el primer focolar, a nuestra mesa se sentaban a comer una focolarina y un pobre, una focolarina y un pobre...

En un momento dado nos pareció que el Señor nos pedía precisamente a nosotros que nos hiciésemos pobres para servir a los pobres y a todos. Entonces, en una habitación del primer focolar, cada una puso allí en el centro lo que pensaba que le sobraba: un chaquetón, un par de guantes, un sombrero, incluso un abrigo de piel... Y hoy, para dar a los pobres, ¡tenemos empresas que dan trabajo y que reparten sus beneficios!

Pero siempre queda mucho que hacer por «los pobres».

**«El que tenga dos túnicas, que comparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo».**

Tenemos muchas riquezas para poner en común, aunque no lo parezca. Tenemos que afinar la sensibilidad y adquirir conocimientos para poder ayudar concretamente y encontrar el modo de vivir la fraternidad. Tenemos afecto en el corazón para dar, cordialidad para demostrar, alegría para comunicar. Tenemos tiempo para poner a disposición, oraciones, riquezas interiores que poner en común, de palabra o por escrito; pero a veces también tenemos cosas, bolsos, bolígrafos, libros, dinero, casas, vehículos que podemos ofrecer... Quizá acumulamos muchas cosas pensando que algún día podrán sernos útiles, y mientras tanto tenemos alguien al lado que lo necesita con urgencia.

Igual que las plantas solo absorben del terreno el agua que necesitan, tratemos también nosotros de tener solo lo que sea necesario. Es mejor darnos cuenta de vez en cuando de que nos falta algo; mejor ser un poco pobres que un poco ricos.

«Si cada uno, proveyéndose de lo imprescindible para su necesidad, dejara al necesitado lo que excede, no habría ni rico ni pobre»[\[5\]](#).

Probemos, comencemos a vivir así. Ciertamente, Jesús no dejará de mandarnos el céntuplo, y podremos seguir dando. Al final nos dirá que lo que hemos dado, a quien sea, se lo hemos dado a Él.

**Chiara Lubich**

*Publicada en Ciudad Nueva n. 404 (12/2003), pp. 22-23*

[1] Cf. W. Mühs, *Parole del cuore*, Milán 1996, p. 82.

[2] Basilio de Cesarea, «Sobre la frase de Lucas “Destruiré mis graneros y edificaré otros mayores”», 7, en *Homilías contra las pasiones*, «Biblioteca de Patrística» n. 73, Ciudad Nueva, Madrid 2007, p. 112.

[3] Agustín de Hipona, *Sermón* 61, 12.

[4] *Aforismi e citazioni cristiane*, Piemme, 1994, p. 44.

[5] Basilio de Cesarea, *o. cit.*, p. 111.